

Babelia⁹⁷¹

NÚMERO 971 EL PAÍS, SÁBADO 3 DE JULIO DE 2010

KAZUO ISHIGURO

Canciones narradas

Con *Nocturnos* construye cinco relatos con la mejor música de fondo

Música de fondo

Kazuo Ishiguro es un virtuoso del juego de las palabras, del doble sentido y de las historias abiertas. Nunca busca finales cerrados. En *Nocturnos*, el escritor británico nacido en Japón muestra su pasión por la música con cinco relatos en un cruce de caminos. Por Jesús Ruiz Mantilla

EN EL ANCHO mundo de las novelas y los cuentos de Kazuo Ishiguro siempre palpita una canción. No muchos escritores traducidos a 30 lenguas pueden presumir de haber emprendido ese viaje dentro de la literatura. Ni tener el coraje de reconocer que en cada una de sus obras vive la influencia de un estribillo, de una idea musical en la misma escala o medida que los grandes nombres de las letras universales.

Hace años quería ser Bob Dylan. Era más joven, estaba más perdido y no sabía con certeza a qué mundo pertenecía. Si a aquel Japón que renacía de sus cenizas atómicas o a la decadente Gran Bretaña, despojada del imperio e hirviente de cultura pop, donde creció. En medio de ese mar de dudas siempre aparecía como un asidero su guitarra, su piano y una canción. "He escrito más de cien", confiesa.

Y seguirá haciéndolas. Pero más que como triunfador en el mundo de la música, pese a que estudió piano desde los 5 a los 12 años, el chico nacido en Nagasaki en 1954 y educado como un *gentleman* en colegios ingleses y en la Universidad de Kent terminó como un escritor respetado de las nuevas letras británicas. Una voz destacada entre aquellos que estallaron allá por los años ochenta, aunque a él le llegara el éxito en los noventa.

Comenzó a hacer guiones para series, relatos y después siguieron las novelas. De *Pálida luz en las colinas* a *Los inconsolables* o *Nunca me abandonas* pasando por su mayor éxito, *Los restos del día*, siempre, confiesa el autor, el alma de cada historia iba acompañada de algo tarareable. "Creo que en mi obra narrativa late constantemente esa forma, esa manera de explicar las cosas con pocos medios, esa obligación de expresar y hacer buscar dobles significados, de leer entre líneas", comenta Ishiguro en un salón de té londinense cercano a Picadilly.

Pero si esas canciones resuenan más en algún sitio es en sus nuevos *Nocturnos* (Anagrama). Son cinco y los ha compuesto a ritmo lento, de balada atormentada, creando una atmósfera que permite vislumbrar los enigmas sin que logremos descifrarlos nunca por entero. Entre sus notas, a los lectores les está permitido acompañar a unos personajes que persiguen el éxito como un espejismo: "Es curiosa la visión del triunfo que tienen algunos. Ade-

más, el éxito siempre es subjetivo, uno puede lograrlo cara a la galería y sentirse frustrado en su interior, porque la idea y la ambición que tienen en la cabeza no se corresponde con lo que han conseguido".

Todos los protagonistas de *Nocturnos* se encuentran en un cruce de caminos: en las puertas de tomar decisiones vitales que funden el pasado sin la certeza de lograr nada en el futuro. Vamos de la mano con ellos, pero hasta un punto. Después les soltamos para dejar paso a la sugerencia, a nuestra libre interpretación. "Me gusta pensar que al final de cada historia comienza otra para cada uno que puede ser mucho mejor", dice el escritor.

"Me gusta pensar que al final de cada historia comienza otra para cada uno que puede ser mucho mejor"

"Apenas hablo japonés. Solo con mi madre y no muy bien". "En mi obra, la identidad son los temas, las obsesiones, no las raíces"

Por los relatos deambulan músicos callejeros que acompañan a *crooners* de leyenda gastada por Venecia, violonchelistas que se reconocen por instinto, músicos enamorados y sorprendidos por el espejo de un azar que les revela tristes verdades sobre la autenticidad del amor, aspirantes a estrellas dispuestos a cambiarse el rostro para que no se les escape el éxito. Gentes que se creen felices y en realidad no lo son, mujeres delirantes y extraños paisajes fantasmales...

Son historias con escenarios diversos, muy centradas en complejas introspecciones y vagas identidades, como casi todo

dentro del mundo de Ishiguro. Él es un escritor que ha zarandeado sus propias raíces. "Apenas hablo japonés. Sólo con mi madre y no muy bien", confiesa. En sí, su aspecto de nipón cosmopolita no puede ocultar sus maneras inglesas, menos con un té y unos bollos untados de mermelada y mermelada de fresa a las cinco de la tarde, en pleno Londres: una costumbre tan típicamente británica.

La identidad... Ese enigma en Ishiguro. De hecho, Japón aparece en sus dos primeras obras, *Pálida luz en las colinas* y *Un artista del mundo flotante*. Después se diluye en el resto. Desaparece de manera abrupta. Porque *Los restos del día*, su novela más conocida y llevada al cine por James Ivory, es el colmo de la esencia británica. El ser inglés plasmado en la legendaria estampa del mayordomo Stevens que encarnó después Anthony Hopkins. "En mi obra, la identidad son los temas, las obsesiones, no las raíces. Mis dos primeros libros se desarrollan en Japón pero tratan de gentes que rehúyen el compromiso y que pese a creerse testigos activos de un tiempo excepcional son solo esclavos de las circunstancias. Eso y el bloqueo emocional, la represión y la incapacidad para saber manejar tu vida como dictan los sentimientos están en *Los restos del día*. Pero en Inglaterra. Podía haber escrito otro libro sobre los mismos temas en un lugar diferente...", comenta Ishiguro.

Creo que su deber, como parte de una generación abierta, es llegar al máximo de gente posible. "Los escritores británicos anteriores a nosotros buscaban reconocimiento universal, pero los lectores que trataban cara a cara eran británicos de clase media alta. Nosotros, al viajar, hemos comprobado que nos leen en todo el mundo y que nuestras obras deben ser comprendidas por cualquiera entre España y Japón. Nuestra ambición es llegar al máximo de lectores posibles".

Aunque muchas veces le queeme no sentirse bien entendido. Sobre todo cuando la imaginación no se corresponde con la materia. "Sé que existe esa teoría de que los libros pasan a ser de los lectores una vez caen en sus manos, pero cuando tratas de expresar una idea y ves que la forma no lo ha conseguido, que no trasciende en toda su extensión el mensaje, resulta frustrante".

En términos generacionales se encuen-

tra en mitad de un sándwich. "No se me puede enmarcar en el lugar donde están Rushdie, Martin Amis, Julian Barnes o Ian McEwan, son mayores que yo. No mucho, pero en un mundo tan acelerado, unos pocos años marcan tremendamente la diferencia. Yo soy de la misma edad que Hanif Kureishi o Jonathan Coe, me siento más cercano a ellos".

Dos hornadas de autores más abiertos al mundo que sus predecesores. Aunque la cerrazón y la impermeabilidad de los anglosajones a otros mundos sigue siendo preocupante y mucho mayor que en otros ámbitos. Es algo que algunos autores latinoamericanos han puesto de manifiesto en algún Hay Festival, quejosos de conocer a los británicos perfectamente mientras que en ellos no encuentran rastro de haberlos leído.

Pero Ishiguro niega que sea tan grave. "A todos nosotros nos han influido Borges, García Márquez, Vargas Llosa, Carlos Fuentes y ahora Bolaño, Stieg Larsson, Murakami o Irène Némirovsky, por poner ejemplos de todas partes y varias generaciones". Mucha de esa responsabilidad la tienen los editores. "Es cierto que si entras a una librería en Londres no encuentras lo mismo que en una de Francia, Italia, Alemania o España...". Para demostrar su buena voluntad, pide por favor una lista de autores hispánicos, aparte de los citados, que deba leer.

Pero también ataca para defenderse. "Si no resulta demasiado hiriente esta apreciación, también le diré que algunos escritores de otras lenguas quizás se hayan encerrado demasiado en sí mismos. Les pasa a los franceses o a los alemanes. Renunciaron a una fuerte tradición propia de contadores de historias para pasarse a la autoficción y analizar temas que interesaban muy poco fuera de París". Aunque ésa, es otra canción... •

Nocturnos: cinco historias de música y crepúsculo. Kazuo Ishiguro. Traducción de Antonio-Prometeo Moya. Anagrama. Barcelona, 2010. 256 páginas. 17 euros.

Nocturnos: cinco cantos de música e anoitecida. Traducción de María del Carmen Alonso Seisdedos. Galaxia. Vigo, 2010. 216 páginas. 17 euros.

EL PAÍS.com
► Primeras páginas de *Nocturnos*: cinco historias de música y crepúsculo



Kazuo Ishiguro (Nagasaki, 1954) publica el libro de relatos *Nocturnos: cinco historias de música y crepúsculo*. Foto: Carmen Valino

Una historia universal

Por Alberto Manguel

KAZUO ISHIGURO es, sin duda, uno de los escritores más importantes de su generación, esa extraña hermandad que en Inglaterra incluye talentos tan dispares como los de Martin Amis y Ian McEwan. Desde su primera novela, *Pálida luz en las colinas*, publicada en 1982, hasta su último libro, la colección de cuentos musicales llamada *Nocturnos*, Ishiguro demuestra ser un virtuoso de la lengua inglesa, tan sutil y riguroso como su maestro, Henry James. Pero hay importantes diferencias. James consideraba la novela como una forma más o menos elevada del chisme. Ishiguro, en cambio, parece menos interesado en la anécdota que en la construcción de un escenario en el cual sus personajes puedan explorar sus recónditos deseos y secretos temores. La sociedad inglesa (en *Los restos del día*) o japonesa (en *Un artista del mundo flotante*), el distópico paisaje de una ciudad de la Mittel-Europa (en *Los inconsolables*) o los reinos de la memoria en una China colonial (en *Cuando fuimos huérfanos*), como así también el mundo de ciencia-ficción (en *Nunca me abandones*), son todas construcciones más o menos arquetípicas que permiten, según sus propias reglas y leyes, los infructuosos juegos a los que Ishiguro conduce a sus criaturas.

Lo que importa en su ficción son los conflictos en los que sus personajes se encuentran, sin poder (o sin querer) resolverlos, como matemáticos investigando un problema que saben, sin duda alguna, que no tiene solución. Esa fascinación con lo irresoluble domina toda la obra de Ishiguro. Emblemático de esta obsesión es Ryder, el pianista amnésico que recorre la anónima ciudad de *Los inconsolables*. Sus encuentros, sus experiencias, sus caminatas sin rumbo y sin fin construyen, casi a pesar de sí mismo, algo que el lector debe aceptar como una pregunta abierta, satisfactoria por el mero hecho de haber sido planteada. No hay respuesta en Ishiguro, como no la hay en toda la literatura que llamamos verdadera.

Típicamente, los cuentos que componen *Nocturnos* van construyendo, uno después de otro, algo así como una trama musical en la que un cierto tema inicial, anunciado en el primer cuento, se desarrolla, se complica y se transforma en los cuentos siguientes. Algo similar puede decirse acerca de toda la obra de Ishiguro. Los silencios de los protagonistas de sus primeras novelas parecen conducir a la aparente ceguera del héroe de *Los restos del día*, expuesto implacablemente a las infamias que lo ciernen, ceguera que a su vez se convierte en esa ambigua inocencia o ignorancia de la que parecen sufrir los personajes de *Nunca me abandones*.

Leyéndolo libro tras libro, el lector entiende que hay en Ishiguro una visión que quiere ser universal, cósmica, en la que cada elemento (cada situación, cada lugar, cada personaje) presupone y anticipa a otro, y que juntos llevan implícitos una infinita totalidad. Henry James, en *El arte de la ficción*, definió así la literatura de la que Ishiguro es uno de los últimos herederos: "La experiencia no es nunca limitada, y nunca completa; es una inmensa sensibilidad, una suerte de tela de araña hecha de los hilos de seda más sutiles, tendida en el cuarto de la conciencia, atrapando en su red cada partícula que el aire lleva". •